

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

SUMARIO: *Las relaciones entre Estados Unidos y China.—Las relaciones entre la Unión Soviética y Japón.—La guerra en Indochina.—La posición de Tailandia.—La situación en Egipto.—La cuestión de Malta.—El problema de Chipre.—La situación del Ulster.*

LAS RELACIONES ENTRE ESTADOS UNIDOS Y CHINA

Disipada la gran polvareda informativa que levantó el viaje a China Popular del presidente Nixon y conocido el comunicado final, se vislumbra con alguna claridad el alcance de aquellas conversaciones secretas, cuya duración recalcaron los periodistas como señal de bienandanzas y no de lo mucho que las dilataba el utilizar intérpretes. Con todo, el resultado de lo dicho no ha sido el parto de los montes. Si bien China no ha modificado un ápice su postura, Estados Unidos, remontando el curso del tiempo, bogan por volver al punto de partida, o sea, al de una amistad por China que se inició formalmente a finales del siglo pasado. Se ha insistido mucho, demasiado, en los cuatro lustros largos de incomunicación y enfrentamiento chino-norteamericano, como si fuera un abismo que sólo un político excepcional podía salvar. Tal favorece a un presidente candidato a la reelección, pero a costa de hundir arbitrariamente en el olvido décadas de firme defensa norteamericana de la integridad territorial y política de China, singularmente en un momento muy grave de su historia. En efecto, después de su derrota en la guerra de 1894-1895, el Imperio Celeste se vio amenazado de desmembración; no sólo por un Japón victorioso sino también por las potencias europeas que desde mediados de siglo picoteaban el territorio chino y, aun luchando entre sí, no se daban punto de reposo para exigir más concesiones, más puertos y más privilegios. Ante el peligro de un Japón que, a su vez, anduviera a la rebatía, Estados Unidos impusieron su política de la «puerta abierta», que cortó en seco el proceso de división del Imperio Celeste en posesiones coloniales. Y como quiera que los principios básicos de aquella política formulada en 1898 por Hay se asemejan no poco a los cinco principios de la coexistencia pacífica, el comunicado final pudo recoger éstos sin dificultad. No pasan de ser una ratificación del tradicional criterio norteamer-

ricano de respeto a la integridad territorial y política de China, donde Estados Unidos no tuvieron ni puertos ni concesiones, a diferencia de Gran Bretaña —que sigue en Hong-Kong—, Francia, Alemania y Rusia.

La amistad chino-norteamericana no zozobró durante los múltiples temporales desencadenados en ese país hasta la II Guerra Mundial. Así, en 1915, impidió que, con medidas de fiscalización, Japón convirtiera a su vecina en vasalla; en 1922, en la Conferencia de Wáshington, consiguió para China un *statu quo* que la salvó de morir por asfixia; ante la invasión japonesa de Manchuria —que declaró territorio chino— formuló la doctrina del «no reconocimiento», y en 1937, a raíz del ataque de Japón, concedió a China diversos préstamos, a un tiempo que decretaba el embargo de materias estratégicas destinadas al invasor. Es más, autorizó que aviadores norteamericanos formaran la escuadrilla de los «Tigres volantes», que luchó junto a los chinos. A partir de Pearl Harbour, la ayuda norteamericana a China fue ilimitada por todos conceptos, al extremo de que Roosevelt consiguiera incluirla entre los «grandes», miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU. Ni siquiera la guerra civil llevó a los dirigentes norteamericanos a considerar alguna fórmula que implicara la participación de China. Los esfuerzos del general Marshall sólo apuntaron a que se formara un gobierno de coalición merced a un acercamiento —completamente utópico, por supuesto— entre Chiang Kai-shek y Mao Tse-tung. Proclamada la República Popular el 1 de octubre de 1949, no se impuso inmediatamente la decisión de Wáshington de apoyar a los nacionalistas y defender Formosa.

A partir de 1950, dos factores inclinaron decididamente la balanza en favor de los nacionalistas: la guerra fría en Europa y la guerra caliente en Corea, en la que China participó con «voluntarios». Fueron los artífices de una política de «contención» ampliada al área asiática y que se formalizó en pactos multilaterales y bilaterales destinados a alzar una barrera frente al expansionismo chino en el Sureste asiático y el Pacífico. Pero la Administración norteamericana, republicana desde 1953 con Eisenhower, no desarrolló frente a China otra política que la programada por el concepto de «contención». De ahí que en la Conferencia de Bandung, Chou En-lai, a través de la celosía de los cinco principios de coexistencia pacífica, hiciera discretas señas a Estados Unidos. Dieron resultado con el tiempo. Si el presidente Nixon ha tendido un puente entre los dos países, ya existían pasarelas por las que transitaban los embajadores norteamericano y chino en Praga y después en Varsovia, hasta reunirse 135 veces. Formosa, en todo momento, y el creciente

compromiso norteamericano en Vietnam, tan pronto como Kennedy llegara al poder, fueron obstáculos insuperables para acortar distancias. Es decir que, desde 1949, entre Estados Unidos y China Popular han alternado períodos de tensión y mutua búsqueda de acercamiento, en parte motivados por la presión que la URSS ejerce en ambos países. En todo caso, en su discurso de toma de posesión, Nixon anunció que no rehuía la fase «búsqueda». Chou En-lai aprovechó la oportunidad del campeonato de ping-pong para darse por aludido, lo que dice a las claras que entre la URSS y Estados Unidos, China busca un equilibrio que sea una seguridad y acaso una posibilidad de ganar tiempo. Lo necesita para desarrollar su arsenal atómico, todavía modesto, y lograr un sistema defensivo y ofensivo susceptible de imponer la disuasión y convertir al país en «santuario». Parece que China ha alcanzado este objetivo fundamental, que es ganar tiempo, matando del mismo tiro otro pájaro: el reconocimiento por su interlocutor de que China es una e indivisible, cosa que siempre afirmaron Estados Unidos. Los términos no figuran en el comunicado final. Se leen entre líneas, habida cuenta en particular de que el tratado de Defensa suscrito con Formosa sólo tiene vigencia hasta 1974.

En el ámbito de la política mundial de Estados Unidos, muchos países—incluyendo lo europeos—acaso saquen conclusiones en vista de la lección de la suerte de Formosa, lo que introduce en las relaciones un factor de desconfianza poco propicio para cimentar la paz. Pero tampoco China sale indemne de su diálogo con el «agresor yanqui», por lo menos con relación a Hanoi, donde los dirigentes de los tres países indochinos estuvieron reunidos durante la estancia de Nixon en el país vecino. Y al celebrar Hanoi, a finales de febrero, el aniversario de la victoria de Dang-do, en la que hace cinco siglos los tonkineses vencieron a los chinos, ya no se habló, como otros años, del «invasor del Norte», sino del «invasor chino». Es decir, que China corre el riesgo de consolidar en Vietnam del Norte y demás países indochinos las posiciones de la URSS, sólidamente instalada en la India y a punto de estarlo en Bangla Desh. Por ello, es apresurado afirmar, como el ex presidente del Consejo galo, Edgar Faure, que las conversaciones de Pekín han sido «una victoria china».

LAS RELACIONES ENTRE LA UNIÓN SOVIÉTICA Y JAPÓN

Con motivo de la firma el 22 de enero del tratado de adhesión de Gran Bretaña, Irlanda, Noruega y Dinamarca a la Comunidad Económica Europea, se disparó ruidosamente la traca informativa para celebrar la boda, lo cual no implica vida matrimonial de perfecta unión y dicha sin nubes. Mientras, silenciosamente, emprendía viaje a Tokio el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Andrei Gromyko. Programado desde hace cinco años y aplazado con diversos pretextos, tal viaje se ha realizado en momento singularmente interesante de la vida internacional, cuando se evidencia que el centro de gravedad de la política mundial se ha desplazado a Asia, de la que paulatinamente se retiran los Estados Unidos, cuyo relevo asume la URSS. Fracasado el intento soviético en 1969 de implantar un sistema colectivo de seguridad asiática contra China, lo sustituye con un cordón sanitario. Dadas las posiciones que la URSS ha conquistado en Asia, va correspondiendo al que en tiempos colocara Foster Dulles precisamente en torno a China. Sin embargo, falta un país para completar de modo eficiente el cerco que le está poniendo a su gran rival: Japón.

Aunque no escasean las situaciones de hecho y de derecho harto insólitas derivadas de la II Guerra Mundial, la de Japón es la más chocante. Por el tratado de paz de San Francisco de 1951, Japón está en paz con los vencedores de aquella contienda, incluso con China, pero no la Popular, sino la Nacionalista. En cambio, no lo está con la URSS, que se negó a firmar aquel tratado, en cuya negociación participó. Actualmente las relaciones soviético-niponas se rigen por la declaración de 19 de octubre de 1956, que puso término al estado de guerra entre los dos países. Dista mucho de constituir un tratado de paz. El acercamiento Wáshington-Pekín, al modificar sustancialmente los planteamientos de la política internacional, han impulsado a Moscú a tratar de normalizar sus relaciones con Tokio y, de ser posible, meterlo en su juego. Estos han sido los objetivos del viaje de Andrei Gromyko, que —mudanza de las cosas de este mundo— fue quien encabezaba la delegación soviética que en San Francisco se afaná en una labor de obstrucción y enérgica defensa de los olvidados intereses de la República Popular de China, excluida de la Conferencia de paz, a un tiempo que exigía el reconocimiento de la soberanía soviética sobre la parte meridional de la isla Sajalín, las islas Kuriles y las islas Habomais, ocupadas por la URSS después

de declarar la guerra a Japón, denunciando el pacto de no agresión soviético-japonés y cuando, destruida Hiroshima por la bomba atómica, el país estaba vencido. De hecho, la ocupación de Sajalín y las Kuriles tenía el respaldo de los acuerdos de Yalta, de triste memoria, si bien, llegada la hora de aplicarlos, la URSS se estiró y sentó también sus reales en las islas Habomais, que jamás estuvieron en litigio entre Rusia y Japón, por ser desde tiempos remotos parte del territorio metropolitano japonés. Son éstas las islas Shibotsu y Shikotan, que son las mayores del archipiélago, muy próximas a la isla Hokaido o Yeso. No pararon ahí las concesiones de los aliados occidentales. Todavía no escarmentados, en el tratado de San Francisco se acordaron de la no signataria URSS. Así, en el capítulo II, artículo 2, apartado c), impusieron a Japón, militarmente ocupado por los Estados Unidos, que renunciara «a todo derecho, título y reclamación sobre las islas Kuriles, parte de la isla Sajalín e islas adyacentes». Sin duda, Foster Dulles hizo presente que las Kuriles no eran las islas Habomais. Esta puntualización geográfica no movió a la URSS de los territorios ocupados, caballo de batalla de todos los tratos habidos entre Moscú y Tokio. Para la URSS la cuestión estaba zanjada por los acuerdos de Yalta y el tratado de San Francisco. Incansablemente Japón arguye que los acuerdos de Yalta eran acuerdos de guerra — entonces la URSS no estaba en guerra con Japón — y que no es signataria del tratado de paz de 1951. Pero si los soviéticos no se han avenido a razones jurídicas y de sentido común, las circunstancias los llevan a reconsiderar su postura, de pretender — como pretenden — atraerse a Japón para perfeccionar su dispositivo antichino y contrarrestar los efectos del eventual acercamiento entre China Popular y los Estados Unidos.

Para ello Andrei Gromyko hubo de incluir en su equipaje algún obsequio dulce al paladar japonés, como, por ejemplo, empezar a admitir que no forman parte de las islas Kuriles esas islas Habomais, cuya ocupación duele tanto a Japón como doliera la de Okinawa, y también una modificación de la reglamentación soviética de la pesca, industria ésta de singular importancia para los japoneses y hasta factor en la política interna. Finalmente, sin lugar a dudas, Gromyko habrá sacado a colación el asunto de la colaboración japonesa en el desarrollo de Siberia. En contra de las apariencias, no es tema que hace perder los estribos a los cautos japoneses. Los medios industriales se percatan de las cuantiosas inversiones que requiere el proyecto, a un tiempo que recelan de los procedimientos expeditivos que utilizan cuando les conviene unos soviéticos poco acreedores de su confianza.

Y es dudoso que los medios oficiales nipones inciten a un desarrollo de Siberia, que incrementaría la población rusa en territorios reivindicados por China Popular. Porque lejos de apuntar a malquistarse con su vecina, Japón no pierde la esperanza ni desdeña oportunidad para normalizar sus relaciones con ella. Tal revela el ofrecimiento de buenos oficios para facilitar la reconciliación chino-nipona hecho en declaraciones del ministro galo de Asuntos Exteriores, señor Schumann, huésped del Gobierno de Tokio poco antes de la visita de Gromyko. O sea, que China es uno de los objetivos de la política exterior japonesa, por lo demás abierta a la rosa de los vientos, como lo prueban los múltiples contactos del señor Fukuda con sus colegas extranjeros, entre ellos el español, señor López Bravo.

De suerte que, según se desprende de las conversaciones de Tokio, los ofrecimientos con que Moscú ha pretendido ganarse la voluntad de Japón, antes que abrir brecha en su firmeza, lo han fortalecido en su tesis de restitución de todos los territorios arderamente ocupados en 1945. Es la que sustentará, como siempre, cuando en el transcurso de 1972 se sienta a la mesa que Moscú pone a su disposición para negociar un tratado de paz. En el embrollado contexto de las relaciones soviético-japonesas, en las que se implica en cierto modo el resquemor de la derrota sufrida por la Rusia zarista, no es menguado tanto el que se apunta Japón con este deseo de paz, refrendado por un texto expresado por la URSS, sin que ello suponga que Japón se apresta a apuntalarla contra China Popular.

LA GUERRA EN INDOCHINA

La reanudación en vísperas de Navidad de los bombardeos de Vietnam del Norte y Laos por la aviación norteamericana, suspendidos en 1968 por el entonces presidente Johnson, causaron sorpresa y extrañeza, en primer término, por no compaginarse aparentemente con la retirada en curso de la casi totalidad de las fuerzas de los Estados Unidos. Sin embargo, esos bombardeos son elemento de una retirada un tanto puesta en entredicho por los progresos comunistas en Laos y Camboya. Porque de proseguirse los avances registrados, hasta adquirir carácter de ofensiva victoriosa, el reembarque ininterrumpido de los norteamericanos tendría visos de lamentable salvarse de la quema, o sea, de innegable fracaso militar. De ahí las medidas del mando estadounidense para retrasar la progresión enemiga en Laos y Cam-

boya con la destrucción de sus bases y de la famosa pista Ho Chi Minh, aunque sea tan temporal como la lograda en el pasado febrero con la operación *Long Son 19*. Que éste es el objetivo perseguido y no vencer al enemigo en el terreno militar lo evidencia el que no han participado en la acción las fuerzas de tierra. Así se ha evitado el escollo que supone alborotar a la opinión pública de los Estados Unidos en un año de elecciones presidenciales, ya que las actividades de la aviación, por estar a cargo de militares profesionales y en absoluto de los *boys* llamados a filas, no alteran los nervios del pueblo norteamericano, que no movió llamamiento alguno a manifestarse en son de protesta. Dicho en términos familiares, se han matado dos pájaros de un tiro, aunque tal tiro deje otros pájaros volando a placer. Alguno es de tamaño y coloca a los Estados Unidos en una posición poco airada, por dejar a países amigos y aliados en la estacada y seguir en los trece de la retirada, dando en cierto modo pie a que se proclame su derrota en Asia frente a las invencibles huestes comunistas. Porque aun haciendo caso omiso de la reciente reactivación del conflicto en Vietnam del Sur, la delicada situación militar existente en Laos y Camboya amenaza el programa de «vietnamización», que, en lo práctico, es desistir del propósito de ponerle las peras al cuarto al comunismo en el sudeste asiático. Hasta finales de diciembre podían proclamarse las excelencias y seguridades de la «vietnamización», dado que las embestidas del Vietcong y sus fieles aliados norvietnamitas no apuntaban en dirección de Vietnam del Sur, por lo menos directamente, centrándose en dos países que, aunque amparados por los Estados Unidos, sólo lo son un poco marginalmente. Así, en tanto que los créditos concedidos a Vietnam del Sur ascienden a 2.000 millones de dólares, los asignados a aquellos dos países no rebasan los 200 millones de dólares, respectivamente. Por lo demás, como, pese a los avances de unos y los correlativos retrocesos de otros, Lon Nol y Suvana Fuma se mantienen en sus capitales, sitiadas, pero no conquistadas, quedaba en pie la posibilidad de que la resistencia se convirtiera en reacción camboyana y laosiana, susceptible de rechazar al enemigo y recobrar el terreno perdido. Es una consideración optimista de la situación. No permite desechar la hipótesis de que la conquista de Pnom-Penh o Vientiam tenga escaso interés para las fuerzas comunistas, puesto que una pasada de los B-52 reduciría a escombros ambas capitales. Una satisfacción de amor propio o una preocupación de prestigio no incitan a meterse en una ratonera cuando se dominan amplias áreas, que se prestan a toda suerte de movimientos tácticos, incluso el repliegue, de ser

preciso, si bien el sesgo de las operaciones no sugiere esta eventualidad en la totalidad del fluido teatro de operaciones. En todo caso, el tiempo no trabaja en favor de los Gobiernos de Pnom-Penh y Vientiam, ni tampoco del de Saigón, pese a que el ejército de Vietnam del Sur parezca haberse fortalecido singularmente. Por ello los comunistas han arremetido contra unos vecinos más débiles, a los que Vietnam del Sur no puede prestar el decidido apoyo militar que necesita para sí cuando a principios de año se avizora la tormenta que trata de alejar la aviación norteamericana. Tal demuestra la repentina retirada al otro lado de la frontera de las fuerzas survietnamitas destacadas en Camboya oriental.

Pero la cuestión del sudeste asiático, si siempre fue compleja en lo militar y político, se complica actualmente con el factor chino, base de la nueva política norteamericana en Asia. A este respecto, la reanudación de los bombardeos aéreos llevó a pensar que provocarían la cancelación del viaje a Pekín del presidente Nixon. Desde luego, Pekín desató sus furoros y vituperó al «agresor yanqui». Hay que poner en grandes dudas la sinceridad de ese griterío de Pekín, no tan identificado con los criterios del equipo dirigente de Hanoi como hace ver el celoso cuidado de aparentar «indestructible unión». Los juegos malabares de Hanoi para mantenerse igualmente amigo de Moscú y Pekín, enfrentados entre sí, no han sido indefinidamente posibles. La ayuda bélica y de todo orden de la URSS y los países del Este a Hanoi supera muy ampliamente la de China Popular, como prueba el origen del armamento utilizado por el Vietcong y el ejército norvietnamita. Ello ha roto el equilibrio de la balanza de Hanoi y se suma a los atávicos recelos que suscita el gran vecino en una región que en tiempos conquistó y dominó y que hasta el siglo pasado, en que Francia tomó el relevo, estuvo sometida a su protectorado.

Por supuesto, la generosa ayuda soviética es conforme a la firme decisión de la URSS de sentar plaza de primera potencia asiática, como ya se ha visto en el conflicto indio-pakistaní, que se ha saldado con un éxito geopolítico para Moscú y un mero derecho al pataleo para Pekín. Por lo tanto, la prolongación de la guerra en la península indochina implica para la URSS un sostenido esfuerzo de ayuda y riesgos de tensión con los Estados Unidos, debido a la «fuerza residual» de 69.000 hombres que, junto con la aviación, permanecerán en Vietnam del Sur a partir del 1 de mayo próximo, según declaración de Melvin Laird del 13 de enero. Son extremos que favorecen a China Popular. Por ello, llorando lágrimas de cocodrilo a rau-

dales, Pekín no le ha cerrado la puerta al jefe supremo de «los agresores», como cabía esperar. De otra parte, mientras Wáhsington abriga la esperanza de que una intervención china ablandará intransigencias y sacará de su atasco las negociaciones de París, Pekín confía en que, bien apaleado Vietnam del Norte y sus aliados con castigos aéreos, atenderán sus razones. Entonces el mundo vería que allí donde la URSS multiplicó ruinas y duelos, China Popular hace florecer la paz. No sería la primera vez que uno siembra y otro cosecha.

LA POSICIÓN DE TAILANDIA

Sólo en contadas ocasiones se ha venido mencionando a Tailandia, relacionándola con el conflicto de la península indochina. Sin embargo, todo el mundo sabe que los B-52 que actúan en esa región despegan de bases situadas en territorio de ese país amigo de los Estados Unidos y miembro de la SEATO. Acaso, por aparecer como mero elemento del dispositivo militar norteamericano, la existencia de esas bases alejadas del teatro de operaciones apenas si llama la atención ni confiere particular trascendencia a la participación de Tailandia en el largo conflicto. Pero he aquí que recientemente tales auténticos «santuarios» norteamericanos han sido objeto de ataques comunistas, siendo de destacar el que sufrió el 10 de enero la gran base de U-Tapao, el sudeste de Tailandia. Ello evidencia que Tailandia está registrando un cambio con relación a la guerra que impera en países vecinos y que ya nota sus salpicaduras, aunque no haya estado tan a salvo de problemas de guerra subversiva como parece. En efecto, desde 1965, el comunismo, hasta tanto meramente teórico en cuanto amenaza, ha pasado a ser un riesgo potencial debido a las guerrillas organizadas en el noroeste del país, fronterizo con Laos, y en el sur, fronterizo con Malasia y poblado por minorías de origen malayo. En esas minorías, radicadas en regiones fronterizas de Tailandia, también vecina de Birmania, China Popular y Camboya, minorías constituidas no sólo por malayos, sino también por laosianos, vietnamitas, meos, chans, karenos y otras etnias, de las que no se ha preocupado grandemente la mayoría dirigente tai, cuando no las ha tratado con mano dura, el comunismo ha hallado oídos atentos y apoyos. De ahí que las guerrillas periféricas, sin hacer mucho ruido, quizá velando las armas, hayan estado presentes en Tailandia. Ello explica la infiltración del Vietcong hasta las bases norteamericanas y sugiere que se ha ampliado a la chita callando

la zona de influencia del comunismo en Tailandia. De otro modo no se explicarían los ataques llevados a cabo.

El golpe de Estado que desde el poder dio el 17 de noviembre pasado el mariscal Thanom Kittikachorn confirma tal extremo. En declaración oficial se manifestó la necesidad de «preservar las instituciones», respaldadas por la Constitución de 1968 —lo que hace paradójica la disolución del Parlamento previsto en esa Constitución—, y en tono menor, la conveniencia de fortalecer al país, amenazado por la subversión. El golpe de Estado no es una novedad en Tailandia, toda vez que desde la abolición de la monarquía absoluta en 1932 se han dado unos treinta y tantos, todos obra de los militares. Tampoco, desde la II Guerra Mundial, es novedad justificarlos con el peligro comunista, y en este aspecto cabe decir que Tailandia se ha curado en salud al adoptar una postura anticomunista antes de verle las orejas al lobo. Hay otro argumento justificativo de los golpes de Estado: el riesgo que entraña la presencia de chinos en el país; entiéndase los cuatro millones de chinos afincados en Tailandia, muchos de ellos desde varias generaciones, al extremo de llevar nombres tais. Constituyen una minoría coherente, sumamente activa e inteligente, en cuyas manos está, de hecho, la economía del país. No han sido olvidados al producirse el último golpe de Estado. «En cuanto a los chinos residentes en Tailandia, ¿sabemos hacia dónde se vuelven?», se ha dicho, como quien no quiere la cosa. Dada la posición económica de que goza la mayoría de tales chinos, es obvio que no se vuelven hacia la China de Mao. O sea, es bastante hipotético que los chinos de Tailandia sean virtuales elementos de subversión. Por ello, es posible que el tiro, lejos de ir destinado a Pekín, apuntara al blanco de Taipéh para desarrugarle el ceño a Pekín. No se puede descartar tal sutileza en los dirigentes de un país que, más allá de una fachada occidental que llama a engaño, es asiático en la hondura y en la masa de la población. Esta es una ambigüedad que hace aún más frágil la situación actual de vinculación a los Estados Unidos.

La postura pro norteamericana de Bangkok no tenía excesiva importancia —y hasta estuvo acertada, debido a las ventajas que reportaba esa amistad—, mientras Laos y Camboya fueron capeando el temporal bélico. Al agravarse la situación militar en ambos países y proseguirse la retirada norteamericana, se le plantea a Tailandia el interrogante de su futuro. Por lo tanto, se impone una reconsideración de su política a los dirigentes tailandeses, quizá no tan seguros de la incondicional ayuda norteamericana como afirman creer,

por eso de que cantando se ahuyenta el miedo. De forma que es llegada la hora de echar de nuevo mano de las fórmulas autoritarias tradicionales, que permitieron a Tailandia salvaguardar su independencia contra los vientos y mareas de la acción más o menos colonial de la Europa del siglo XIX. En realidad se trata de avizorar cuál será el más fuerte a la postre, conforme al pragmatismo, que es una constante del pueblo tai. Amiga de Japón durante la II Guerra Mundial, Tailandia, a la vista del sesgo que tomaba el conflicto, se sacó de la manga un Gobierno en el exilio, que le mereció posteriormente la amistad y ayuda de los Estados Unidos. No por ello se metió de hoz y de coz en los avisperos asiáticos de su aliada. Sí envió 12.000 hombres a Vietnam del Sur, pero apenas si combatieron y fueron retirados al socaire de la «vietnamización». Tampoco ha participado en la lucha de Lon Nol contra las guerrillas, como esperaba éste. Ello deja traslucir el difícil propósito de no comprometerse en conflictos ajenos y actualmente el de irse desentendiendo de los Estados Unidos, más difícil aún. Para tan delicada maniobra sobra y hasta estorba un Parlamento, calco de modelos occidentales, con sus dimes y diretes, que restan libertad de movimientos, entre los que pueden incluirse discretos guiños hechos a Pekín. No han dado resultados apreciables hasta ahora, pero la paciencia es virtud política en Asia. Tal vez los chinos residentes en Tailandia, por antonomasia «capitalistas» por ser amigos de Chiang Kai-Shek, sean la carta «anticapitalista» a jugar eventualmente por Tailandia para, a mitad de camino del comunismo y el anticomunismo, quedarse en una «neutralización», que es la soñada costa a la que tratan de arribar los países del sudeste Asiático, aun los comunistas. En tanto alcanza esa hipotética meta, Tailandia está en equilibrio hartamente inestable, sin saber cómo afrontar el futuro. Así se suma a los países del sudeste asiático que, después de apostar a favor del caballo norteamericano, ven ahora que abandona la carrera.

No parece factor de una incuestionable posición de fuerza para los Estados Unidos que el presidente Nixon deje a sus espaldas una serie de países perplejos o en zozobra cuando se encamine a Pekín para iniciar una nueva política norteamericana en Asia.

LA SITUACIÓN EN EGIPTO

Si difícil es tener una política, resulta imposible tener dos y llevar alguna a buen término. Con esta imposibilidad tropieza el presidente Sadat, que busca la solución del conflicto árabe-israelí a un tiempo mediante negociaciones y con la amenaza de la guerra. En realidad, rehúye de la guerra, por saber, como lo sabe el alto mando egipcio, cuán grandes son los riesgos de derrota que entraña, pese a los progresos logrados en el ámbito militar. Tampoco se lanza sin más a optar por los métodos pacíficos. Se lo impide una parte activa de la opinión del país y también una crisis de confianza en el régimen y los dirigentes, originada por la depuración del pasado mayo, cuando fueron declarados «traidores» y condenados en noviembre por los tribunales íntimos colaboradores de Abdel Gamal Nasser, que durante años habían ocupado puestos clave en el Gobierno. La confianza en el presidente Sadat no ha quedado a salvo de dudas y críticas después de un período de satisfacción por su Gobierno, más liberal que el anterior, y que favoreció a ciertos sectores egipcios, precisamente a aquellos que afectó la política interna de su predecesor: los propietarios rurales, los intelectuales y los «hermanos musulmanes», sin excluir a los estudiantes desmovilizados por Sadat. Pero destituciones, encarcelamientos y contrarreformas han asestado un golpe al armazón del Estado. La fórmula federativa con Siria y Libia para crear una Federación en la que cada país sigue yendo a su aire, no ha sido un remedio eficaz; no más que el cambio de equipo gubernamental y el nombramiento para el cargo de primer ministro de Aziz Sidky, que lleva el sambenito de pro norteamericano. Exponentes del malestar y tensión existentes en Egipto han sido en el pasado enero los muy graves disturbios estudiantiles de El Cairo, secundados por sectores de militares jóvenes, todos ellos alzados contra una política ambivalente, que estimaban ser de sometimiento a los fines propios de la URSS. Es significativo el que, aun siendo izquierdista, la rebelión estudiantil y, en parte, militar fuera antisoviética, o sea, no muy alejada de la postura del presidente Gadhafi, y que una de las reivindicaciones haya sido la construcción de fábricas de armamento y de piezas de recambio, que el proveedor soviético guarda bajo siete llaves, lo mismo que las municiones y parte del armamento. Con ello, Egipto está a merced de la URSS, y a la hora de decidir, supeditada a sus conveniencias. Ha quedado muy atrás el tiempo de la ayuda y la cooperación para salir del bache de

una derrota, que dio a la URSS la oportunidad de hacerse presente en el Mediterráneo e instalarse en Egipto.

Logrado este objetivo, la URSS va a lo suyo, que es poner proa al continente asiático. De ahí su interés por la reapertura del canal de Suez, que, en un par de meses de trabajo, estaría en condiciones de navegación y rápida comunicación con la India y Bangla Desh, donde ha sentado sus reales mediante una actitud antipakistaní, que el mundo árabe ha estimado ser un insulto. Ello ha confirmado a los egipcios en la fundada sospecha de que su aliada se preocupa en primer término de su política nacional y que en la actualidad perjudica a Egipto su implantación en el país, ya que, por su conveniencia, ejercerá presiones sobre el Gobierno de Sadat para que renuncie a las condiciones que impuso el año pasado para negociar la reapertura del canal. Pero a través de negociaciones puede llegarse a una solución parcial del conflicto, tanto más cuanto que Israel ha escogido el momento en que Sadat está en aprietos para sacar a relucir el tema con un amago de flexibilidad.

Aunque, de cara a los sectores más agitados e impacientes del país, el presidente Sadat haya emprendido el 2 de febrero viaje a Moscú para pedir «armas ofensivas», o sea, «un certificado de buenas intenciones bélicas», como ha dicho irónicamente un comentarista, el propósito era hacer algo para ganar tiempo, un tiempo que le permita mejorar la delicada situación en que se encuentra, aparte de conocer la exacta postura de los soviéticos frente a una reanudación del conflicto. No era una incógnita que resultaba preciso despejar. La URSS no desea una verdadera paz, porque entonces ya no se justificaría su presencia en Egipto. Tampoco desea la guerra. De ser derrotado Egipto, no podría seguir presente allí. Si Egipto fuera victorioso y reconquistase los territorios ocupados, ya no necesitaría su ayuda y tutela. Por lo tanto, hay que mantener la situación actual, pero con el canal de Suez a su disposición. Es lo que aparece al trasluz en el comunicado final de las conversaciones de Moscú, aunque considere por igual la solución bélica y la negociación. En los hechos, el embajador Jarring ya ha puesto manos a la obra para un acuerdo parcial: la reapertura del canal. El arreglo global, centrado en la resolución del 22 de noviembre de 1967, dada la negativa israelí a aceptarla, va para largo.

En cuanto a las «armas ofensivas» del viaje de ida del presidente Sadat, son «defensivas» en el de vuelta, preparado con visitas a Tito y al presidente de Siria, como en busca de avales a lo acordado en Moscú, que es

seguir como por lo pasado. No ha sido difícil conseguir la aprobación del presidente Assad, considerado pro soviético. El rabo por desollar ha sido el presidente Gadhafi, el último visitado. Hace unos días, en declaraciones a un semanario libanés, ha calificado a la URSS de «imperialista». Es decir, que se resistirá a entrar en el juego soviético, en el que, quieras que no, Egipto está metido de hoz y de coz. Es una posición tan conocida, que la *troika* ha estimado de suma importancia el parecer de Libia sobre las conversaciones de Moscú, singularmente la decisión de supeditar toda eventual reanudación de la lucha armada a una cooperación estratégica del mundo árabe, forma diplomática de dar el carpetazo al asunto. Porque ¿cabe una cooperación de los países del «frente de guerra», excluyendo Jordania, por lo demás esquinada? ¿Puede conseguirla el presidente Sadat cuando su autoridad está en entredicho en su propio país? Finalmente, ¿por qué conceder tanta importancia al criterio de Trípoli para salir del atolladero de la no paz y la no guerra? Libia dista de los frentes de combate; pero acaso piense la URSS que no está totalmente ausente del frente que en Egipto combate al presidente Sadat y su equipo, quizá con más probabilidades de éxito que si la emprendiera contra Israel.

LA CUESTIÓN DE MALTA

A finales de enero todo hacía presumir que sólo faltaban escasos metros para que los negociadores británico y maltés alcanzaran en Roma la meta de un acuerdo. No ha habido tal. El 28 de enero se suspendieron las negociaciones. Según Dom Mintoff, por haber introducido Gran Bretaña un tema nuevo en esas negociaciones, precisaba consultar con sus colaboradores. Preguntado por los periodistas sobre el particular, lord Carrington se limitó a alzar los hombros, respuesta apenas correcta, pero significativa. No obstante, aclaró que las negociaciones no se habían roto, sino que se aplazaban por unos diez días. Aunque pertenezca al secreto del sumario, el exacto motivo de ese corte en seco, es de suponer, sin aventurarse en demasía, que el llamado «acuerdo económico» soviético-maltés del 28 de diciembre ha incitado a lord Carrington a solicitar de Dom Mintoff que puntualizara algunos extremos. Por ejemplo, qué garantías de cumplimiento de lo pactado ofrece Malta a los británicos y sus aliados o si se compromete a no poner sus puertos a disposición de los barcos de la URSS y países del Pacto de Varsovia.

Son preguntas susceptibles de dejar en suspenso el ya logrado acuerdo financiero por el cual Gran Bretaña y la OTAN entregarán a Malta 14 millones de libras en concepto de arriendo de bases, aparte de otras ayudas económicas, si bien quedaban por puntualizar cuestiones, tales como el número de malteses con un puesto de trabajo en esas bases y también si se concedía a Malta un adelanto a cuenta del arriendo concertado. Por lo tanto, no faltaban en Roma los motivos que podían convertirse en obstáculo que aconsejó se bajara el telón, cual si finalizara un acto más de la comedia anglo-maltesa.

En realidad, esa comedia no empezó con la victoria electoral lograda en el pasado junio por el laborista Dom Mintoff, con un solo voto de mayoría, sino mucho antes, cuando de 1955 a 1958 fue primer ministro de una Malta colonial. Era entonces acérrimo partidario de la integración de su país a Gran Bretaña y no de la independencia. Seguía manteniendo este criterio al empezarse a discutir en 1962 el futuro estatuto de la isla. La fórmula de Dom Mintoff asustó al Gobierno británico por sus eventuales dificultades y dejó escapar la oportunidad de asegurar su presencia en Malta, que, quieras que no, pasó de la autonomía y de la pertenencia a la Commonwealth a la independencia en 1964. A un tiempo se suscribió un acuerdo de arriendo de bases a Gran Bretaña, que se vio afectado tres años más tarde por la decisión de Harold Wilson —anticipo de la retirada «al este de Suez»— de reducir las fuerzas estacionadas en la isla, con independencia de los efectivos de la OTAN, presentes desde 1965 merced a una enmienda del acuerdo anglo-maltés. Dos hechos más modificaron la situación: de una parte, el cierre del canal de Suez redujo considerablemente el tráfico marítimo en el Mediterráneo, con grave perjuicio para los puertos malteses; de otra, la decisión libia de recuperar en 1970 las bases de Tobruk y Wheelus Field. Los anglosajones se replegaron a Malta, junto con los norteamericanos, lo cual dio pábulo a la sospecha maltesa de que Londres no valoraba debidamente la importancia de su isla. De ahí a estimar que era preciso sacarle el máximo provecho sólo había un paso.

Ese paso Dom Mintoff lo dio sin vacilar tan pronto como accedió al poder. Hubo expulsiones, traslado del Cuartel General de la OTAN a Nápoles. Los británicos se aprestaron a negociar, mientras una delegación soviética visitaba Malta a principios de agosto para «estudiar la concesión de una ayuda económica», que no se precipitó a facilitar, en tanto que Libia ingresaba fondos en las exhaustas arcas maltesas. Lo mismo hizo Gran Bretaña

en virtud de los acuerdos firmados el 18 de septiembre. Entonces Dom Mintoff denunció el imperialismo soviético. Los occidentales respiraron, sin preguntarse si la denuncia no estaba destinada a complacer al fiel amigo, el coronel Gadhafi, que si persigue a los británicos con su saña, tampoco olvida a los soviéticos. O sea, que el antisovietismo accidental de Dom Mintoff podía no ser garantía de apego a Occidente.

Porque la postura de Dom Mintoff ante el problema de las bases es de meridiana claridad y no deja lugar a que se le reprochen fintas, quiebros o tretas. El saca a subasta «la posición de la isla, que es su único recurso. Malta seguirá ofreciéndose como base militar hasta tanto no haya conseguido tener una economía fuerte», según declaró el pasado 13 de octubre el delegado maltés en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Por consiguiente, la disyuntiva ante la que Dom Mintoff puso a Gran Bretaña en vísperas de Navidad, pagar treinta millones de libras por las bases o evacuarlas antes del 15 de enero, no pudo ser del todo una sorpresa. Gran Bretaña dio orden de retirada, a cumplir sólo el 31 de marzo, y se negó a pagar los cuatro millones largos de libras reclamados como suplemento de arriendo por esos tres meses. En cuanto a la URSS, no se precipitó a presentar su candidatura para ocupar las bases al alto precio fijado por Dom Mintoff, ni tampoco Libia, por cuanto carece de elementos humanos para llenar ningún hueco, pese a su riqueza. A fuerza de manejar varias barajas, Dom Mintoff embrolló las cartas a la hora de jugar. Además, sólo pudo contar con un jugador. Es lo que le ha llevado a la mesa de negociaciones de Roma, sin perder del todo la cara merced a las gestiones del anciano obispo de Malta, monseñor Gronzi.

¿Qué otra salida tenía el impetuoso premier maltés con ribetes de pícaro ingenuo? ¿Quién da más de catorce millones de libras y otras ayudas por Malta? Nadie, y es inútil que Dom Mintoff prolongue el regateo, basándose en una desafortunada valoración de la importancia estratégica de Malta, como si se le hubiera parado el reloj en 1798, cuando Napoleón Bonaparte la ocupó, alegando —como todos los estrategas de aquel tiempo— que «quien domina Malta domina el Mediterráneo», lo cual no impidió que los ingleses la reconquistaran en 1800. Actualmente, en caso de conflicto, con los medios modernos de destrucción, Malta podría desaparecer como un terrón de azúcar en agua caliente. La OTAN lo sabe; Dom Mintoff lo va sabiendo. Sin embargo, en tiempos de paz armada, como los que vivimos, Malta sigue teniendo valor

estratégico y logístico para ejercer una misión de vigilancia aérea y naval del Mediterráneo oriental, donde la flota soviética brujulea a sus anchas.

Por ello, haciendo un esfuerzo razonable, pero no desmedido—que logrará su objetivo, salvo de surgir acontecimientos imprevisibles y de última hora—, Gran Bretaña y la OTAN impiden que la URSS las sustituya en Malta a precio de saldo, a un tiempo que disponen de esa garita para sus centinelas aéreos y navales, o sea, mantienen a Malta unida al mundo occidental con cadenas de plata, pero no de oro, como pretendía Dom Mintoff.

EL PROBLEMA DE CHIPRE

Aunque el viaje a China Popular del presidente Nixon haya eclipsado el resto de la actualidad, no por ello han dejado de existir los grandes y pequeños problemas del mundo. Entre ellos figura el de Chipre. No tiene otro parecido con el de Malta que el ser ambas islas miembros de la Commonwealth y estar ambas situadas en el Mediterráneo. En cambio, hay entre ellas una diferencia de bulto en cuanto a vinculación al mundo occidental, y es que Chipre no puede ahuyentar con cuatro voces a los británicos de su suelo. En efecto, por los acuerdos de Zurich de 1959 y Londres de 1960, Gran Bretaña transfería a la República de Chipre la soberanía de la isla, pero manteniendo su soberanía en dos zonas correspondientes a dos bases militares, en las que están actualmente acantonados veinte mil soldados. Esta circunstancia es sólo un aspecto del complejo problema chipriota, de hondas raíces históricas. Griega en tiempos remotos, Chipre fue posesión turca de 1571 a 1885, año en que fue cedida a Gran Bretaña, que hubo de pechar con la tarea de que cohabitaran en paz dos poblaciones hostiles e imbricadas en las ciudades y el campo: los griegochipriotas y los turcochipriotas. Aun cuando Turquía renunció a todo derecho sobre la isla por el tratado de Lausana de 1923, los descendientes de los ocupantes turcos—aproximadamente el 17 por 100 de una población total de 580.000 habitantes— siguieron allí tan apegados a su suelo natal como los descendientes de los griegos, lo que no ha impedido ni impide el odio que solapada o declaradamente se profesan las dos comunidades, singularmente desde que a mediados del siglo XIX los griegochipriotas empezaron a piar por la *Enosis* o unión a Grecia. El movimiento tuvo el decidido apoyo del clero ortodoxo de la isla, lo que explica el papel predominante desempeñado por

el arzobispo Makarios, hoy presidente de Chipre, en la larga y sangrienta lucha iniciada en 1954 contra Gran Bretaña.

En esa etapa de extrema violencia de la historia de Chipre, Atenas prestó toda clase de apoyos y ayuda al movimiento antibritánico de la EOKA, dirigida por el general Grivas, entusiasta partidario de la *Enosis*, convertida en fundamento y objetivo del combate. Pero llegada la hora de negociar, se impuso que la pretendida *Enosis* tropezaba con que la rechazaba de plano la minoría turca y asimismo Turquía, por estimarse estratégicamente amenazada por la proyectada presencia de su vieja enemiga griega en una isla situada a cuarenta kilómetros de sus costas del Sur. Entonces, en lugar de limitar la negociación a los chipriotas griegos y turcos, Londres la amplió a los Gobiernos de Atenas y Ankara, en cuanto protectores y defensores de sus respectivas comunidades. La fórmula permitió salir del paso y conceder la independencia a Chipre, que, disimuladamente, pero de hecho, quedaba bajo la vigilancia de Grecia y Turquía. Posteriormente se vio que la fórmula tenía un fallo: todo enfrentamiento entre griegos y turcos de Chipre provocaba el riesgo de enfrentamiento entre sus protectores, ambos miembros de la OTAN y puntales de su dispositivo militar en el Mediterráneo oriental, como sucedió en 1964 y 1967-1968, siendo las fuerzas de las Naciones Unidas las encargadas de imponer orden y relajar la grave tensión griego-turca. La filigrana jurídica de los acuerdos de Zurich no resistían el empuje de las pasiones y prejuicios raciales, singularmente por no figurar al frente del país un jefe absolutamente imparcial, lo cual es el caso del presidente Makarios, por lo demás opuesto a toda injerencia griega o turca en sus asuntos.

Esa postura no podía constituir una sorpresa. Partidario de la independencia, ya advirtió en 1954 la carta que pretendía jugar y está jugando. Pero el tanto ir a su aire en lo exterior despierta recelos en Grecia y Turquía, mientras que en lo interior los antiguos partidarios de la *Enosis* no aceptan sus opciones, como tampoco los chipriotas sencillamente nacionalistas, inquietos de que el partido comunista haya sido reconocido legal en Chipre. El toque de atención de Grecia del pasado 14 de febrero —que no el ultimátum, pues no se señala fecha—, instando al presidente Makarios para que forme un Gobierno nacional y entregue a las fuerzas de las Naciones Unidas las armas discretamente recibidas de Checoslovaquia, ha apuntado a volverlo al buen camino en evitación de males mayores. Por ejemplo, un golpe de Estado, que no se puede descartar sin más, dada la presencia en Chipre del

paladín de la *Enosis*, el general Grivas, al que el presidente Makarios tal vez pretenda oponer seguidores suyos armados por él, de ser precisos. Es una eventualidad que Grecia pretende evitar, sobre todo si el general Grivas se saliera con la suya. Pese al incuestionable patriotismo del equipo dirigente griego, se le impone que la *Enosis* no cabe en 1972, cuando Grecia y Turquía han de cerrar filas en razón de la presencia soviética en el Mediterráneo. Este imperativo ha sido determinante en la notable mejoría de las relaciones entre Atenas y Ankara y en la tácita aceptación de la estructura fundamental de la República de Chipre, es decir, ni la *Enosis* que deseaba Grecia, ni la participación reclamada por Turquía. En el fondo, el *statu quo*, pero alejando a Chipre de un equívoco y peligroso neutralismo que podría convertir a la isla en base operativa comunista, aunque no claramente soviética, debido a la presencia británica y a que la URSS se cuida de no irritar a Turquía, que tiene la llave del Bósforo y los Dardanelos, su única salida al Mediterráneo. También Gran Bretaña desea que todo siga como está previsto en los acuerdos, pues nadie discute su presencia en la isla, por ser fuente de prosperidad que permite a Chipre figurar inmediatamente después de Israel en el Mediterráneo oriental en cuanto a renta *per capita* de sus habitantes, por lo menos teóricamente, porque la comunidad turca se beneficia muy poco de esas ventajas y está a cargo de Ankara. En cuanto a la OTAN, es innecesario que tome posición, contrariamente a lo sucedido en Malta. Las bases británicas aseguran su presencia en la isla y limitan la capacidad de brujuleo de la flota soviética en torno a sus costas, tarea en la que Turquía se ha mostrado dispuesta a participar. La puesta en estado de alerta de fuerzas turcas no reflejaba el temor a una intervención griega en Chipre —de la que no hay la menor señal—, sino el propósito de desanimar cualquier veleidad soviética de apoyo al presidente Makarios y su política que, en la situación actual del Mediterráneo, adquiere visos de imprudencia temeraria. La cuestión es que, por las buenas, el inquieto e inquietante arzobispo actúe en el marco de lo pactado, que no tenía previsto el neutralismo, ni estar en la procesión occidental, la Commonwealth y negociaciones con el Mercado Común, y repicando las campanas soviéticas.

LA SITUACIÓN DEL ULSTER

Como uno de los principios de las Naciones Unidas es guardarse de intervenir en asuntos internos, lo propio fue que el Consejo de Seguridad reunido en Addis Abeba se ocupara de los territorios portugueses en Africa, con audiencia de los jefes guerrilleros de Angola y Mozambique. La contradicción entre los principios y los hechos es tanto más flagrante cuanto que, recientemente, ese mismo Consejo de Seguridad se inhibió de antemano al sugerir Dublín la posibilidad de presentar la cuestión de Irlanda del Norte, teatro desde hace tres años de dramáticas luchas. La ONU, que se otorga el derecho a entremeterse en los asuntos de Portugal, no puede considerar la cuestión de Irlanda del Norte, por ser asunto interno de Gran Bretaña. Es animar al IRA y sus auxiliares a seguir usando «la dialéctica de las pistolas», toda vez que detenciones, internamientos, choques armados y fuerzas militares de Gran Bretaña no logran un apaciguamiento y sí poner en la picota y en aprieto a Londres y Belfast, que no es un resultado desdeñable para la guerrilla urbana. Por lo demás, siglos de opresión y luchas han curtido al pueblo irlandés, singularmente desde que al socaire de diferencias religiosas, Cromwell redondeó la obra de avasallamiento iniciada por Enrique VIII y su hija Isabel, ello mediante el sistema de las «plantaciones», consistente en la graciosa entrega a los señores protestantes de las tierras confiscadas a los católicos, perseguidos como alimañas. A partir del siglo XIX y la promulgación de la *Union Act*, se oye el clamor de los irlandeses por su autonomía, rechazada por los protestantes irlandeses descendientes de ingleses, aferrados a los privilegios recibidos de Londres a costa de los católicos sumidos en su gran mayoría en la miseria y abocados a la emigración, sobre todo a los Estados Unidos. La tesonera labor de Parnell, la creación en 1867 de la sociedad secreta de los *fenians* y sus luchas fueron abriendo una brecha. Nuevas y muy sangrientas luchas sostenidas en el siglo XX por el Sinn Fein consiguieron, finalmente, que Gran Bretaña soltara, en parte, su presa. Y en 1921 reconoció la independencia de los veintiséis condados del sur de Irlanda, el Eire, que fue miembro de la Commonwealth hasta 1937. En cambio, los seis condados del Norte, el Ulster, siguieron formando parte del Reino Unido, con Parlamento autónomo. Para rematar la independencia de Irlanda, que históricamente es un solo país, falta por conseguir la reunificación.

Este es el sentido profundo de la lucha entablada en Irlanda del Norte y el objetivo del Sinn Fein, formación legal en el Eire, aunque no lo sea tanto su organización militar, el IRA. Desde 1921, no han sido inmejorables las relaciones del Sinn Fein con los sucesivos Gobiernos de Dublín, a los que acusa de inercia para sustraer esa parte del país a la tutela británica. La tensión con el Gobierno irlandés provocó en 1969 una escisión del Sinn Fein en dos ramas, con sus correspondientes ejércitos secretos reclutados en todas las clases sociales: una, nacionalista y socialista moderada, que persigue en primer término la expulsión de Gran Bretaña de Irlanda del Norte y cuya proyección en esa región es la Asociación de los Derechos Civiles; la otra, que asimila la lucha nacional a la lucha de clases y tiene claras influencias marxistas, que hallan campo abonado en el hecho de que los sectores más pobres de la población del Ulster son precisamente católicos. Pero cualquiera que sea el substrato ideológico de los «provisionales» y los «oficiales» del IRA combaten a la una a Gran Bretaña, que, por protestantes interpuestos, mantiene a una parte de Irlanda en una situación que se asemeja singularmente a la de Argelia antes de su independencia.

Porque presentar los sucesos del Ulster como meros episodios de una lucha entre católicos y protestantes sería tanto como estimar que el meollo de la guerra franco-argelina era el combate entre la Cruz y la Media Luna. Mas por odiosa y absurda que resulte actualmente una guerra de religión, desde el punto de vista británico y unionista —mayoritario en el Ulster— es preferible mostrar esta motivación falseada del conflicto que desvelar sus causas reales, que son: el deseo de reunificación de los católicos irlandeses —y de irlandeses que no lo son y figuran incluso entre dirigentes del IRA— y la voluntad de poner término a la división del país en ciudadanos de primera categoría, protestantes, y de segunda, católicos, extremo que no se da en el Eire, donde conviven en plan de igualdad representantes de ambas confesiones. Es decir, que la tutela británica-protestante impuesta en Irlanda del Norte crea condiciones favorables para la siembra marxista. Lo incongruente es que sea esa siembra y no unas condiciones socioeconómicas que la facilitan, lo que escandaliza a parte de la opinión británica, encogida ante la eventualidad, apuntada por Gran Bretaña, de que se convierta en una Cuba en Europa el Ulster privado de la vigilante presencia de su tutor. De ahí el mucho airear las armas checoslovacas destinadas al IRA y el silenciar las procedentes de los Estados Unidos, donde, por cierto, el Sinn Fein tuvo su cuartel general hasta la I Guerra Mundial y tiene

aún adeptos atentos al drama de Irlanda del Norte, sustraída a la unidad nacional.

¿Por mucho tiempo? Acaso menos del que creen los beneficiarios de la situación existente en el Ulster, pero siempre más del que desean los perjudicados. En todo caso, los trece muertos de Londonderry han sido un toque de atención para el Gobierno Heath por recordarle que, como decía Napoleón, «las bayonetas sirven para cualquier cosa menos para sentarse encima», o sea que no se puede mantener un *statu quo* a base de fuerzas armadas, aun cuando el reciente Libro Blanco sobre la Defensa insista en el método. Por ello, según rumores, el premier Heath está puliendo un plan calificado de «revolucionario». No lo es tanto si, efectivamente, supedita la lógica reunificación de Irlanda a un referéndum que permita al pueblo del Ulster —con mayoría protestante— decidir si quiere o no seguir formando parte del Reino Unido. En cuanto a la enmienda de la Constitución para garantizar a los católicos una permanente participación en el gobierno de Irlanda del Norte es revocar la fachada y rehuir el auténtico problema, que es tanto de igualdad de derechos entre ciudadanos como de reunificación. De momento no parece que Londres considere, siquiera sea remotamente, la fórmula de reunificación, con todas las medidas precautorias que fueran precisas en favor de los protestantes y los intereses británicos. Lo que no es dudoso es que el IRA, en sus dos versiones, merced al amplio apoyo popular en ambas Irlandas, no se dará punto de reposo hasta «liberar» el territorio que estima ocupado por Gran Bretaña. Una reedición de la guerra franco-argelina a sus puertas, aunque en el ámbito urbano, no favorecería mucho a Gran Bretaña llegada la hora de embarcarse en la nave europea.

LIUDPRANDO